

El progreso del Peregrino (XXXIV)

Continuación

Ceñiréis a vuestras sienes coronas de oro, y gozaréis la visión perpetua y la presencia del Santo, porque allí le veréis como Él es (1 Jn 3:2). Serviréis continuamente con alabanza, con voces de júbilo y con acciones de gracias a Aquel a quien deseabais servir en el mundo, aunque con mucha dificultad, a causa de la debilidad de vuestra carne. Vuestros ojos serán regocijados con fe vista y vuestros oídos con la dulce voz del Altísimo. Recobraréis de nuevo la compañía de los amigos que os han precedido y recibiréis con gozo a todos aquellos que os siguen al lugar santo. Se os darán vestidos de gloria y majestad, y cuando el Rey de la gloria venga en las nubes al son de trompeta como sobre las alas del viento, vendréis vosotros con Él; y cuando se siente sobre el trono de juicio, os sentaréis a su lado; y cuando pronuncie sentencia sobre los obradores de iniquidad, sean ángeles u hombres, tendréis también voz en ese juicio, porque fueron sus enemigos y los vuestros; y cuando vuelva a la ciudad, volveréis con Él a son de trompeta y estaréis con Él para siempre (1 Ts 4:13-17; Dn 7:9-10; 1 Co 2:2-3).

Cuando se iban acercando a la puerta, he aquí que una multitud de las huestes celestiales salieron a su encuentro, preguntando: ¿Quiénes son éstos y de dónde han venido.

—Éstos son—dijeron los Resplandecientes—, éstos son hombres que han amado a nuestro Señor cuando estaban en el mundo y que lo han dejado todo por su santo nombre; Él nos ha enviado para traerlos aquí, y los hemos acompañado hasta este punto en su deseado viaje, para que entren y contemplen a su Redentor cara a cara con gran gozo—. Entonces las huestes celestiales dieron un grito de júbilo, y dijeron:— Bienaventurados los que son llamados a la cena del Cordero (Ap 19:9). —Al oír esto los músicos del Rey rompieron con sus instrumentos en dulces melodías, que hacían resonar a los mismos cielos, y con voces y ademanes de júbilo, cantando y tocando sus trompetas, saludaban una y mil veces a los que venían del mundo. Unos se pusieron a la derecha, otros a la izquierda, delante y detrás, como para acompañarlos y escoltarlos por las regiones superiores, llenando los espacios con sonidos melodiosos en tonos altos, de manera que parecía que el mismo cielo había salido para recibirlos.

Era la marcha triunfal más hermosa que se pudo ver jamás.

Todo indicaba a Cristiano y a su compañero cuán bienvenidos eran a la ciudad, y con cuánta alegría se les recibía en ella. Ya la tenían a su vista, ya oían el alegre y bullicioso clamor de todas las campanas que les daban la venida. ¡Oh, qué pensamientos tan arrebatadores y alegres tenían al mirar el gozo de la ciudad, la compañía que iban a tener, y eso para siempre! ¿Qué lengua o pluma serán poderosas para expresarlo?

Ya llegaron a las puertas de la Ciudad, encima de la cual vieron grabadas con letras de oro las siguientes palabras:

BIENAVENTURADOS LOS QUE GUARDAN SUS MANDAMIENTOS, PARA QUE SU PODER SEA EN EL ÁRBOL DE LA VIDA Y ENTREN POR LAS PUERTAS DE LA CIUDAD (Ap 22:14).

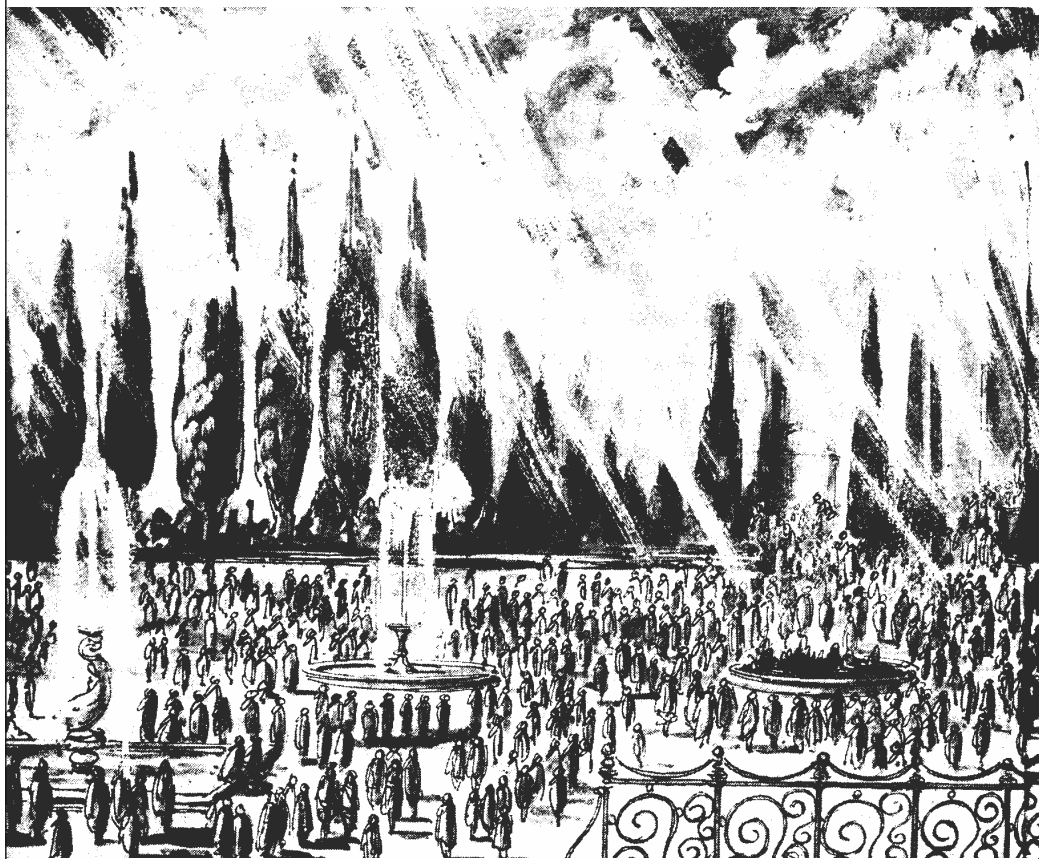
Llamaron fuertemente a ellas, y muy pronto aparecieron por encima los rostros de los que moraban dentro...

Enoc, Moisés, Elías..., que preguntaron quién llamaba, y oyeron esta respuesta: "Estos peregrinos han venido de la ciudad de Destrucción por el amor que tienen al Rey de este lugar." Entonces los peregrinos entregaron cada uno el rollo que habían recibido al principio, los cuales, llevados al Rey y leídos por éste, y habiéndosele dicho que los dueños de ellos estaban a la puerta, mandó que se les abriese para que "entrase la gente justa guardadora de verdades". Los vi entonces entrar por la puerta y que cuando hubieron entrado fueron transfigurados y recibieron vestiduras que resplandecían como el oro, y arpas y coronas que les fueron entregadas, para que con las primeras alabasen, y les sirviesen las segundas como señales de honor; oí también que todas las campanas de la ciudad se echaron a vuelo otra vez, en señal de regocijo, al mismo tiempo que los ministros del Rey decían a los peregrinos:

La Ciudad del Sol



1. Al entrar Cristiano y Esperanza por la puerta, su apariencia fue cambiada y se les pusieron vestidos que relucían como el oro. Entonces oí en mi sueño que todas las campanas de la ciudad repicaban a vuelo otra vez.



2. Y los peregrinos mismos cantaron con voz de júbilo: "Bendición y honra, y gloria y potestad a Aquél que está sentado sobre el trono y al Cordero para siempre jamás." Cuando abrieron las puertas miré hacia adentro y vi que la ciudad brillaba como el sol. Las calles estaban empedradas de oro y en ellas andaban muchos hombres cantando alabanzas.

El fin de Ignorancia



1. Vi a ignorancia llegar a la orilla del río. Éste muy pronto se pasó, porque un tal Vana Esperanza, un balsero, le ayudó a pasar en su barca. Y así subió el collado para llegar a la puerta, pero iba solo.



2. Miró el escrito que estaba encima de la puerta y luego comenzó a llamar. Los hombres que se asomaron por encima de la puerta le pidieron su certificado para mostrarlo al Rey. Buscó, pero en vano; no tenía certificado. Y así lo contaron al Rey.



3. Mandó a los Resplandecientes que saliesen a tomar a Ignorancia, y atarlo de manos y pies. Lo llevaron hasta la puerta en el costado del cerro y allí lo echaron. Entonces entendí que hay un camino para el infierno, aun desde las puertas de la gloria.



4. Con ésto desperté y me di cuenta de que todo había sido un sueño.

"Entrad en el gozo de vuestro Señor" (Mt 25:23). Con cuán efusión y gozo respondieron éstos: "Al que está sentado en el trono y al Cordero sea la bendición y la honra, y la gloria y el poder para siempre jamás" (Ap 5:13).

Aprovechando yo entonces el momento en que se abrieron las puertas para dejarles pasar, miré hacia dentro tras ellos, y he aquí, la ciudad brillaba como el sol; las calles estaban empedradas de oro, y en ellas se paseaba muchedumbre de hombres que tenían en su cabeza coronas, y en su mano palmas y arpas de oro con que cantar las alabanzas.

Vi también a unos que tenían alas y que, sin cesar nunca, estaban cantando: "Santo, santo, santo es el Señor"; y volvieron a cerrar las puertas, y yo, con mucho sentimiento, me quedé fuera, cuando mis ansias eran entrar para gozar de las cosas que había visto.

¡Lástima es que mi sueño no terminase aquí con tan dulces impresiones! Cuando se cerraron las puertas de la Ciudad miré atrás y vi a Ignorancia que llegaba a la orilla del río; lo pasó pronto y sin la mitad de la dificultad que encontraron los otros dos. Porque aconteció que había entonces allí un tal Vana-Esperanza, barquero, que le ayudó pasar en su barca. Subió también la montaña para llegar a la puerta; pero nadie había allí que le ayudase o le hablase una palabra de consuelo y estímulo. Cuando llegó a la puerta, miró al letrero que estaba encima de ella. Empezó a llamar, suponiendo que se le daría inmediata entrada; pero los que se asomaron por encima de la puerta preguntaron de dónde venía y qué era lo que quería. El contestó: "He comido y bebido en la presencia del Rey, y Él ha enseñado en nuestras calles." Entonces le pidieron su rollo para entrarlo y mostrarlo al Rey. Pero habiendo registrado su seno no lo halló; no tenía ninguno. Dijéronle entonces: "¿No tienes ninguno?" Pero el hombre no les contestó palabra. Comunicado esto al Rey, mandó a los dos Resplandecientes que, atado de pies y manos, lo arrojasen fuera, y vi que lo llevaron por el aire a la puerta que había visto a la falda del collado y allí lo precipitaron.

Esto me sorprendió; pero me fue de importante enseñanza, pues aprendí que hay camino para el infierno desde la misma puerta del cielo, lo mismo que desde la ciudad de Destrucción. En esto me desperté, y vi que todo había sido un sueño.

LA CONCLUSIÓN

*Ya, lector, que mi sueño he referido,
Interpretarlo para ti procura,
Y explícale a quien puedas su sentido.
Mas muestra en entenderlo tu cordura,
Pues te daña si es mal interpretado;
Mas si lo entiendes bien es tu ventura.
Lo exterior de mi sueño, ten cuidado
Que no te preocupe en demasía,
Como si fuera cosa de tu agrado.
Ni risa ni furor ni alegría
Te cause cual a niño o a demente,
Mira bien su sustancia y su valía.
Aparta la cortina, y fijamente*

*Mira lo que se esconde tras mi velo:
Es cosa que te anime y que te aliente.
Al leer este símil, sin recelo,
Tira la escoria, toma el oro puro,
Y colmado verás así tu anhelo.
El oro está con mineral impuro,
Sí; pero nadie arroja la manzana
Por tener corazón, es bien seguro.
Si toda mi ficción encuentras vana,
Y la das, por inútil, al olvido,
Me harás soñar tu necedad mañana,
Lamentando el provecho que has
perdido.*

Fin